



BOLETIN ECLESIASTICO

DE LOS OBISPADOS DE

SALAMANCA Y CIUDAD-RODRIGO.

SUMARIO: Pastoral de S. E. I. lamentando los atentados cometidos por los revolucionarios en Roma en la noche del 12 de Julio. — Extraordinario que con el mismo motivo se publicó de su orden en Ciudad-Rodrigo.

NOS EL DOCTOR DON NARCISO MARTINEZ IZQUIERDO,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE SALAMANCA Y ADMINISTRADOR APOSTÓLICO
DE CIUDAD-RODRIGO, ETC., ETC.

Al Clero y Fieles de ambas Diócesis.

Venerables Hermanos y Amados Hijos: Aun cuando los últimos dias los hemos pasado en santo retiro, practicando los ejercicios espirituales acompañado de la primera tanda de Sacerdotes de esta Diócesis de Ciudad-Rodrigo, no han podido menos de llegar á nuestra noticia los inesplicables atentados cometidos en Roma con motivo de la traslacion de los venerandos restos del amable é inmortal Pio IX para ser colocados en el sepulcro que él mismo por testamento se habia designado en la Basilica de San Lorenzo. La memoria del gran Pontífice ha sido ultrajada, escarnecida la religion y vilipendiada la dignidad de la Iglesia

y la autoridad del Soberano Pontífice, hoy reinante, Leon XIII.

La furia y la insensatez de los perturbadores de oficio ha llegado hasta gritar que se arrojasen al rio ó á una cloaca los restos de un Pontífice que ha bajado al sepulcro bendecido de todos los católicos y admirado de los que no lo son, despues de haber gobernado la Iglesia por espacio de treinta y un años, llevando á cabo grandes empresas y dispensando inestimables beneficios á la sociedad.

Pero queremos ser sóbrios en la relacion de los hechos que lamentamos y execramos con horror, y por ello, nos reducimos á insertar la mas autorizada que ha llegado á nuestras manos. «Millares y millares de católicos, dice, con muestras de devoto recogimiento, se reunieron espontáneamente en la plaza de San Pedro para manifestar una vez más la profunda veneracion que profesan al difunto Pontífice, y se asociaron al fúnebre cortejo con hachones encendidos y recitando preces. Casi todas las casas estaban iluminadas, y de las ventanas, en todo el trayecto, caia sobre el féretro una lluvia de flores. La emocion era profunda.

»La policia del Gobierno del Quirinal fué avisada en tiempo oportuno de la hora en que habia de verificarse la fúnebre ceremonia, á fin de evitar desórdenes y contrarias manifestaciones de los enemigos de la Santa Sede. Sin embargo, una turba de malvados é impíos atacó á los pacíficos católicos con gritos groseros, con injurias, y hasta con palos y piedras, dirigiendo principalmente sus ataques contra los coches en los que iban los Emmos. Cardenales, Ejecutores Testamentarios del difunto Pontífice y las

»Representaciones de la Corte Pontificia, del Cabildo »Vaticano, del Clero y de la Nobleza Romana. Los »ataques continuarón todo el trayecto que media entre »la Basílica de San Pedro y la de San Lorenzo *extra- »muros*, profanando así la piadosa y pacífica ceremo- »nia, con justa indignacion de todos los buenos y »honrados Romanos, y, lo que parece increíble, con »la casi indiferencia de la policia.»

Es tan grave todo esto, que no acertáramos á concebirlo, si no tuviéramos en cuenta el estado actual de las cosas públicas en Roma y la situacion que allí se ha creado al privar al Romano Pontífice de su poder temporal. Nada de cuanto se nos diga que en este sentido ocurre, nos sorprenderá, porque á todo ello se presta la violencia que allí se sostiene por querer conciliar lo inconciliable. No tanto nos debemos fijar en lo que ha sucedido como en la causa de donde procede. Por eso Nos al dirigir á Su Santidad el telégrama de que teneis conocimiento, despues de la más enérgica y absoluta protesta contra las injurias que se han inferido á la Iglesia y al Pontificado, formuláramos nuestra declaracion terminante, de que mientras á la cuestion romana no se dé la solucion natural, estará siempre viva, por que siempre vivirá la Iglesia y necesitará su Jefe la libertad que corresponde á su autoridad soberana.

Se ha creído, hemos dicho públicamente en otra ocasion, se ha creído que la cuestion romana ha concluido con la ocupacion de Roma por el Rey del Piemonte, cuando precisamente porque Roma ha sido quitada al Pontífice, su legítimo Soberano, ésta cuestion se ha planteado en toda su triste realidad y con sus formidables proporciones. El conflicto está crea-

do, y no bastarán á resolverlo ni las violencias de los atrevidos, ni las composiciones de los prudentes: el conflicto estará siempre en pié.

Si decimos que el Padre Santo nunca sancionará el despojo de que ha sido objeto, y con él toda la Iglesia, y que mantendrá firme y resueltamente todas las protestas, condenaciones y anatemas que ha fulminado contra los usurpadores de los Estados Pontificios, con solo decir esto, queda puesto en evidencia que el poder que allí se ha intrusado y pretende mantenerse á pesar de todas las dificultades, ha de estar en perpétua guerra con el Pontificado, sin que se pueda esperar la conciliacion, ni por consiguiente la tranquilidad. Pero el origen de la lucha es mas elevado y su causa mas general. No es la propia astucia, ni la propia fuerza la que ha introducido en Roma á sus nuevos dominadores. ¡Ah! era muy grande la resistencia que habia que vencer, y solo uniéndose fuerzas de mayor alcance, ha podido consumarse tamaña iniquidad. Allí se está riñendo la más tremenda batalla entre dos principios que traen divididos á los hombres en orden á la vida pública. Allí se combaten mutuamente el derecho divino y el llamado derecho humano, lo sobrenatural y lo natural, el mundo regenerado por Jesucristo y el mundo puesto en la malignidad. Y todos los servidores de este, no han sabido hacer cosa mas conducente á sus maquiavélicos intentos, que privar al Romano Pontifice de la independenciam de su ministerio, despojándole del Principado civil de que la Providencia divina le habia dotado.

Y bien, ¿podrá el Papa olvidarse de su mision y perder su representacion? Pues si enseña lo que la im-



piedad y la herejía no quieren oír, si mantiene incommutables los principios de justicia contra cuantos se han propuesto vivir de la perturbacion, si contra los que especulan con la osadía y el libertinaje predica un orden invariable cuyos fundamentos están en Dios, ¿podrá parecer extraño que los impíos y los herejes y todos los que explotan la humanidad despues de dejarla sin las garantías y la proteccion que la religion la dispensa, dirijan sus iras contra el Maestro infalible de la verdad y oráculo supremo de la justicia, y se den cita para Roma al objeto de combatir el principal obstáculo que se opone á sus inícuos propósitos? ¿Cuándo dejarán de asentarse cerca del Vaticano hombres perdidos que, obedeciendo á los planes de los malvados, estén siempre acechando el momento de ultrajar la dignidad del Papa con el propósito de intimidarle é inutilizar su ministerio? Y es ilusion suponer que el Gobierno que hoy domina en Roma ha de tomar á pechos el impedir los desmanes. Los católicos viviremos en una perpétua ansiedad por la suerte de nuestro amado Padre el Romano Pontífice, reclamaremos su independendencia, que en último término se traduce en libertad é independendencia para nuestras conciencias; pero el Gobierno usurpador, ó nó querrá atender nuestras reclamaciones, ó nó contará con valor y acierto para verificarlo aun en el caso de que por su propio interés quisiera en parte satisfacerlas. ¿No es verdaderamente inesplicable su conducta en el caso que motiva nuestras protestas? ¿Cómo se concibe que haya consentido quedar tan al descubierto, dejando que se faltára no solo á lo que prescribe la religion y la justicia, sino á las exigencias mas comunes de la civilizacion y

hasta á las leyes de la humanidad? ¿En dónde, como no sea entre salvajes, se ha visto profanar los restos, aún del hombre mas despreciable?

Es indudablemente el dedo de Dios el que en ello se manifiesta, y contra el consejo de Dios, no hay sabiduría ni prudencia humana que prevalezca. Si nosotros por nuestra insensibilidad y decaimiento nos olvidamos del grave daño que en Roma sufre la Iglesia de Dios, su Providencia siempre eficaz nos lo recordará con golpes como el actual, nos obligará á volver la vista hácia aquel punto, hará que se nos presente en toda su magnitud la cuestion que allí se encuentra planteada, y que entendamos que en Roma, y sobre el Pontificado, se están ventilando intereses supremos para la religion y la humanidad. ¿No os llama la atencion, V. H. y A. H., que la Silla Apostólica haya recibido estos insultos precisamente cuando el sábio y magnánimo Pontífice que hoy la ocupa acaba de publicar su admirable Encíclica *Diuernum illud* doliéndose de los bárbaros atentados de que vienen siendo objeto los soberanos? ¿Y que esto suceda cuando benignamente advierte á reyes y pueblos que andan perdidos por haber olvidado la nocion genuina del derecho; que ni la autoridad será respetada, ni la obediencia mas que un acto de sumision á la fuerza; que cuando se prescinde de Dios el hombre deja de conocerse y se hace imposible la sociedad de seres racionales? Así, pues, el Romano Pontífice desempeñando constantemente su ministerio de verdad, y sus enemigos reprimiéndole porque no la quieren oír, á nadie dejarán olvidar cuán necesario sea proveer á la seguridad é independendencia del Vicario de Jesucristo.

Porque no hay efugio posible: preciso es reconocer que el que habla á nombre de Dios no puede depender de ningun hombre. La posesion infalible de la verdad y la autoridad divina que representa le dán una soberania indefectible. Si los pueblos la aceptan y mantienen con la grandeza y majestad á que tiene indisputable derecho, la gloria de ese mismo trono cubrirá los pueblos contra las maquinaciones de los inicuos; y si se consiente que el Papa pierda esa majestad temporal, le quedará el dominio incontrastable que dá el sacrificio, á semejanza de Jesucristo Nuestro Señor que atrajo á sí el Principado supremo del mundo al ser levantado en el madero de la Cruz. Pero ¡ay de las naciones, ay de la humanidad, cuando la verdad y la justicia se les tiene que predicar sobre un trono de sangre! Muy independientes fueron los sucesores de S. Pedro para no callar y decir la verdad íntegra en los siglos de las persecuciones; mas entre tanto el poder civil no servía sinó para corromper y oprimir á los pueblos, y mientras la soberanía del Pontífice estaba encerrada en las catacumbas, Roma sufría los vilipendios y abominaciones á que la sometian emperadores como Neron, Calígula y Heliogábalo, por no mencionar á otros. Dios queria demostrar á los hombres que la autoridad es uno de los dones mas preciosos que debemos á su amor, y cuando llegó á revelarnos los misterios de su misericordia, hizo apareciesen juntos el amor y la autoridad. Habiendo de levantar en su Iglesia un poder desconocido de todos los siglos, aun despues de haber merecido Jesucristo en virtud de la redencion obrada con el precio de su sangre, que se le diesen las naciones por herencia, ordenó

que los que habian de ser sus Vicarios en la tierra llegasen á ostentar gloriosa esta autoridad mediante los últimos extremos de amor. Y San Pedro fundó su soberanía en la ciudad de los Césares derramando su sangre pendiente de una cruz, y le siguieron por el camino del sufrimiento los que heredaron su potestad, hasta que á costa de sacrificios en bien de los romanos y de la humanidad entera, llegaron los Sumos Pontífices á conquistarse tal prestigio y á rodearse de tanta veneracion, que cuando Constantino dió la paz á la Iglesia, la autoridad de los Papas no admitía ya rival en Roma. No habian sido investidos todavía con el principado civil, y ya no era posible levantar á su lado trono alguno que no quedase oscurecido por su magestad, pudiendo decirse de algun modo que el Pontífice pasó de la situacion de martir á la dignidad de Rey. Esto habian de entender los que miran hoy las cosas de Roma con indiferencia y sueñan con imposibles composiciones. La potestad que Dios concedió á San Pedro y sus sucesores es tan grande y excelente, que si no se les garantiza con la soberanía temporal, esa misma autoridad tan extraordinaria los reduce al papel de víctimas, y una vez que el Papa deja de ser Rey, queda colocado en el camino del martirio.

Es principio fundamental de la civilizacion cristiana que el poder espiritual censure y modere los excesos del poder temporal. Esto, por consiguiente, y supuestas las debilidades de que como hombres tienen que adolecer los gobernantes, ha de mirar siempre con celos al primero. ¿Y qué medio hay para librarle de sus atentados y de su opresion, sinó el de que la au-

toridad suprema, á quien corresponde disponer las cosas del espíritu sea materialmente independiente en algun punto? Pues este punto, este lugar, no puede ser otro que Roma, la ciudad de los eternos destinos, la Jerusalem de la ley de gracia, la madre de la civilización cristiana. Allí demostró la sabiduría divina la superioridad del poder espiritual, porque allí dispuso que sobrepujara al temporal, después que éste había reunido todas las fuerzas y todos los elementos conocidos en el mundo antiguo. Roma es la ciudad elegida por Dios para que en ella tenga su asiento el poder supremo de la Iglesia, y por lo tanto, en Roma y siempre en Roma el Pontificado debe ser una autoridad prepotente y soberana. Estando allí no admite combinaciones con otro poder, y fuera de allí, no puede estar. El Papa fuera de Roma, aunque estuviese rodeado de todas las garantías de seguridad y de respeto, aunque se viese elevado sobre un trono de altísima majestad, siempre sería un oprimido por ser un desterrado. Su lugar es su Silla, y habiéndola fijado San Pedro en Roma, es voluntad de Dios que, ocupándola, ejerza la supremacía en la Iglesia, y si ésta es la voluntad de Dios, no pretendan turbarla los mortales. «Roma por el Papa» será siempre el grito de reclamación de los católicos, y si los de hoy no somos dignos de que el Señor nos oiga, transmitiremos el empeño á los que nos sucedan y «Roma por el Papa» pedirán las generaciones venideras.

Los cristianos no reconocemos otro centro que Roma. De allí se difunde la luz que dirige nuestros pasos en medio de las tinieblas de este mundo; de allí emanan las gracias que fecundan nuestro corazón para la

virtud. Roma es nuestra Madre, y mas especialmente para los españoles, pues que de aquella Iglesia fueron enviados los varones apostólicos que por el Evangelio nos engendraron en Jesucristo. ¡O Apostólica Iglesia Romana! Tú nos aseguras de nuestra filiacion con Jesucristo: por tu ministerio hemos sido agregados á su cuerpo místico y por las promesas y autoridad que Tú conservas, tenemos esperanza de poseer el reino de Dios! En Roma está el verdadero origen de nuestra ciencia, de nuestra literatura, de nuestra legislacion, de todo el órden cristiano. Roma es la pátria de todos los católicos, y no podemos consentir que se nos arrebathe por miras aviesas ó intereses mezquinos.

¡Ah! ¡qué baja idea manifiestan tener de Roma los que olvidando su capitalidad universal la quieren convertir en capital de un Estado particular! ¿qué gloria la puede resultar del cambio? Es que los romanos sufrían alguna humillacion ó algun quebranto por figurar á la cabeza del mundo católico? ¿Es que por ello no formaban nacion, no tenían pátria? Sí que la tenían y muy respetada y admirada por todos los pueblos católicos. No ha habido nacion alguna tan amada de los extraños como Italia. Todos nos gloriamos en participar de su saber, de su literatura, de sus artes, de su historia. Allí en Roma la pátria y la Iglesia viven juntas, y nosotros ante todo nos preciamos de ser hijos de la Iglesia. Miramos á los Romanos con el respeto y el amor que se profesa á hermanos primogénitos. Siempre han sido considerados como los cortesanos de los sucesores de S. Pedro, y hoy nos inspiran mayor admiracion por lo mismo que rodean y defienden á un Rey destronado, pero que tiene y ten-

drá en todo tiempo un trono de amor en el corazón de cada uno de los buenos católicos. En medio de la pena que nos atormenta por los sucesos de la triste noche del doce del actual; ¡cuánto placer no sentimos en enviar nuestros aplausos y nuestros más tiernos saludos á los romanos legítimos, los que saben estimar su dignidad, por su cristiana y heroica conducta ante los denuestos y atropellos de la turba infame que, enloquecida, no sabia sino respirar furor! ¡Cómo se conmueve nuestra alma al contemplar el cuadro que ofrecían aquellos herederos de los mártires del Anfiteatro y de las Catacumbas, dando testimonio de su fé con las luces que llevaban en las manos, elevando al cielo los ecos de su esperanza al recitar devotas oraciones, y demostrando por la lluvia de flores que esparcían ante el féretro del gran Pio IX la abundancia de afectos puros y delicados que brotaban de su corazón!

No es para reputarse honor de Roma el ser de los italianos, cuando más de doscientos millones de católicos tenemos á gloria el apellidarnos Romanos, anteponiendo este dictado al de nuestra patria por muy dulce que nos sea. ¡Se trata de subordinar la altísima importancia de Roma á la creación de un Estado! Pero ¿es que los Romanos carecían de esta institución? He aquí donde precisamente se descubre toda la magnitud de los que han conspirado al despojo de que ha sido víctima el Soberano Pontífice. En Roma había un Estado perfectamente constituido. Su autoridad era indudable y legítima, su régimen satisfacía todas las necesidades y atendía á todos los derechos de los ciudadanos, su acción era concertada, eficaz y pro-

grésiva; pero los que habian jurado su destruccion empezaron por entorpecer su marcha para desacreditarle ante la gente que no discurre, achacándole que no valia para mantener su independenciam: y á título de formar un Estado mas fuerte, han hecho desaparecer un Estado cristiano que era lo que principalmente les estorbaba. Los que tanto trabajan por resucitar el Estado pagano, á pesar del descrédito en que habia caido ante la historia por sus violencias é ignominias, lo quieren ver restablecido principalmente en Roma, y aun se puede decir que quieren cosa peor, que es el Estado ateo. En donde tanto ha brillado la idea del derecho y desde donde tan grandes beneficios ha dispensado la autoridad, se pretende sostener un Estado tal como lo van forjando los que traman la maldad, un Estado que carezca de norma de justicia, en donde la nocion del derecho sea eventual, en donde la autoridad ande desconocida, en donde nada valgan ni el Príncipe ni el Parlamento, ni la Constitucion, en donde se viva al dia y siempre se esté esperando conocer el programa de un ministro, los designios de un aventurero, ó los antojos de un dictador.

Para que subsista este fantasma de Estado, consecuencia necesaria del racionalismo, Estado desnaturalizado por renegar de lo sobrenatural, que no ofrezca garantías para la estabilidad y la justicia, que permita el paso á todas las ambiciones, que satisfaga todas las concupiscencias, que dé lugar á toda clase de ficciones y artificios para alucinar á los pueblos, haciéndoles respetar la mentira y conformarse con la iniquidad, es preciso alejar, y si posible fuera, suprimir el poder espiritual que con su influencia moral

dá fijeza al régimen y constitucion de los pueblos. Y como la fuerza de ese poder se concentra y hace superior en Roma, todo el ahinco de los que dirigen la revolucion contra el cristianismo vá contra la Autoridad del Romano Pontífice. «La invasion sacrilega, dice el inolvidable Pio IX en su Encíclica *Luctuosis*, «de que han sido objeto nuestros Estados, no solamente se encamina á suprimir nuestro Principado »civil, sino tambien á destruir las instituciones de la »Iglesia, y á echar por tierra la Autoridad de la Santa »Sede y todo el poder del Vicario de Jesucristo en la »tierra.»

He ahí la vergonzosa mision del Gobierno que se ha introducido en Roma, aherrojar al Papa é impedir hasta anular, si le fuera dado, su potestad de Cabeza de la Iglesia; y en tanto ese Gobierno merecerá el apoyo de todos los partidarios de una política sin Dios, en cuanto con mayor celo desempeñe su cometido. Ciertamente que es triste el interés y la importancia que le distinguen.

Pudiéramos estendernos en graves consideraciones sobre este punto, pero creemos impertinente el insistir mas en él. Compelidos por un deber ineludible de nuestro ministerio, y cumpliendo con el encargo que el mismo Pio IX hace á los Obispos de todo el mundo en su citada Encíclica, Nos encontramos en el caso de prevenir á nuestro Clero y fieles que no se dejen sorprender por los engaños de hombres falaces, cuyo empeño estriba en desfigurar la situacion angustiosa en que se encuentra el Romano Pontífice, y en hacer creer que goza de entera libertad, cuando es lo cierto, como resume el mismo Pontífice, «que la Iglesia de

»Dios padece violencia y persecucion en Italia, y que
 »el Vicario de Jesucristo no tiene libertad ni expedito
 »y pleno el uso de su potestad.» Debemos afirmar res-
 sueltamente en los términos que lo hace la dicha En-
 cíclica, que la suerte del Romano Pontífice no puede
 ser sino la de Príncipe Soberano, ó la de cautivo,
 y que nunca estará asegurada la paz y tranquilidad
 de la Iglesia, mientras el ejercicio de su supremo
 ministerio apostólico se halle espuesto á los pla-
 nes de los partidos, á la arbitrariedad de los que
 mandan, á las alternativas de las elecciones políticas,
 y á las maquinaciones y violencias de los hombres
 sin vergüenza que anteponen su provecho á la jus-
 ticia.

¿A quién se oculta que no solamente se confirman
 por hechos continuados estas afirmaciones del gran
 Pontífice, sino que el mal se agrava de dia en dia?
 Estas declaraciones se hacian desde el Vaticano hace
 menos de cuatro años: ¿podrá hoy el Padre Santo de-
 nunciar con igual libertad los bárbaros atentados del
 dia trece? Y si su independenciam se disminuye, ¿nos
 será dado á los Obispos y á los católicos todos espo-
 ner con entereza y claridad la vejacion que en esta
 parte venimos sufriendo? Y continuando las cosas por
 este camino, además de sentirse la perturbacion
 en el gobierno de la Iglesia, se llegará hasta impe-
 dir la profesion regular de la fé cristiana, faltará
 entre los fieles, como se consigna en el mencionado
 documento, la fácil y unánime inteligencia, y resulta-
 rán graves inconvenientes para la tranquilidad y li-
 bertad de nuestra conciencia, advirtiendo que por
 mucho que se encarezca, nunca se comprenderá

el valor de esta razon. La conciencia católica se forma con tanto esmero, son tan delicadas y perfectas las virtudes á que vive consagrada una alma verdaderamente cristiana, que no es posible apreciar su susceptibilidad y sus dudas é inquietudes sino á los que hayan tomado en sério el servicio de Dios y su propia salvacion.

Nos hallamos, pues, ante la necesidad imprescindible, urgente, imperiosa de avivar nuestra solicitud, de emplear todo cuanto valemos y todo cuanto tenemos por sacar al Sumo Pontífice del trance apurado y terrible en que se le ha colocado. Estamos en la obligacion de trabajar, de clamar sin término porque al Padre Santo no solamente se le guarden todas las consideraciones que su altísima dignidad exige, sino que se le dén todas las reparaciones que su derecho lastimado reclama. Así lo piden su inocencia atropellada, su bondad tan mal agradecida, así lo importante de su mision sobre la tierra, así lo augusto de su dignidad: es el Padre y Pastor de todos los fieles, es el Gerarca Supremo de la Iglesia, es el gran Sacerdote del nuevo Testamento, el Vicario de Jesucristo, el Vice-Dios en el mundo; y por lo tanto su persona, sus funciones, su independencia han de ser una cosa santísima para todos los hombres.

Allí sin embargo se le tiene arrinconado y oprimido principalmente para que no se comuniqué con nosotros. ¿Y habrá entrañas insensibles al dolor en vista de tanta maldad? El hijo que tuviese á su padre encarcelado, la esposa que sintiera en su casa la falta de su esposo preso entre enemigos, podrian olvidarse del objeto de su amor? ¿No les consagrarían toda su so-

licitud? ¿No les tendrían su ausencia y su peligro en un continuo suspirar? ¿No esperarían á cada dia y á cada hora nuevas felices, y no temerían recibir-las adversas? Pues no es comparable su angustia á nuestra angustia, y su afliccion á nuestra afliccion. Dado el estado absurdo, irregular y crítico de las cosas en Roma, ¿no deberémos temer que el golpe fatal de un homicida ó la barbarie de un incendiario vengan á poner en desolacion á millones y millones de católicos esparcidos por todo el mundo? Por avanzada que parezca esta suposicion, ¿habrá quien nos asegure que no se verifique, mientras el Papa viva bajo la tutela y salvaguardia de un Gobierno que le combate, siendo éste combatido á su vez por enemigos mas feroces, y á quienes no puede dar otra satisfaccion que la de combatir al objeto comun de sus ódios? El Angel del Señor cubra con sus alas al magnánimo y generoso Leon XIII, y velando en su derredor, aleje todo impetu maligno de los muros del Vaticano.

Que nuestras oraciones, V. H. y A. H. elevadas constantemente ante el trono del Eterno, y que nuestro amor filial demostrado por un celo infatigable en favor de la sagrada causa del Pontificado nos hagan acreedores á la divina clemencia, y consigamos la seguridad y respeto para la persona de nuestro amantísimo Padre, y la libertad é independenciam que corresponde á su autoridad soberana. Entre tanto no escatimemos nuestros consuelos á quien nos ama con el amor mas puro y benéfico que puede darse entre los hombres, prestémosle nuestro auxilio, dirijámosle por lo menos nuestros saludos y protestas de adhesion la

mas absoluta. Que no haya fecha ni acontecimiento notable en que no le hagamos presente nuestro recuerdo cariñoso.

Lejos de nosotros el olvido ó la indiferencia ante necesidad tan suprema. Nuestra conciencia de católicos, nuestro carácter franco y leal de castellanos no consienten que disimulemos la verdad de las cosas ni la realidad del peligro que en Roma están corriendo los intereses mas sagrados del Catolicismo. Suceda allí y aquí lo que quiera, sobre todo estará para nosotros la verdad y el derecho, y no habrá quien nos impida el reprobar y anatematizar sus violaciones.

¡Oh! si nosotros fuéramos cristianos bastante dignos para soportar prueba tan terrible con honra y gloria de Dios Nuestro Señor! Sin que escudriñemos los secretos de su adorable Providencia, podemos asegurar que el éxito de este recio combate depende en gran parte de nuestros esfuerzos. Segun sea la conducta de los católicos será la suerte del Pontificado. El Pontífice valdrá más, cuanto mas valgamos nosotros en el órden moral. Y conocido es por la fé, V. H. y A. H., el medio de aumentar nuestro valor moral: por la oracion y la mortificacion. La humildad y la mortificacion disipando las ilusiones del orgullo nos ponen en posesion de nuestros propios recursos, y la oracion nos hace participantes de los del Omnipotente. Nuestra especial protectora Santa Teresa de Jesus nos consiga la gracia de una mortificacion humilde y una oracion sostenida y ferviente. ¿Qué no haría la Santa intrépida, la esposa enamorada de Jesus si viviendo en estos tiempos viera que se trataba de oprimir y anular la potestad del Vicario de su divino Esposo?

Ella que tenía tan elevado concepto de la Autoridad y misión de la Iglesia, que apesar de contar con el apoyo y la confianza de los Reyes y magnates de su tiempo, advertía á sus hijas que en todo conflicto confiasen mas en el brazo eclesiástico que en el seglar: ella, que por una sola ceremonia de la Iglesia estaba dispuesta á derramar su sangre. Invocad constantemente su intercesion poderosa para que la gracia divina nos ilustre y nos conforte, á fin de cumplir como buenos nuestro deber en tan grave aprieto. Dios nos otorgue á todos el don de fortaleza como Nos se lo pedimos encarecidamente al bendeciros de lo íntimo de nuestro corazon en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amen.

Dada en Ciudad-Rodrigo á veinte y nueve dias del mes de Julio del año del Señor mil ochocientos ochenta y uno.

† NARCISO,

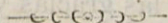
Obispo de Salamanca y Administrador Apostólico
de Ciudad-Rodrigo.

Por mandado de S. E. I. el Obispo, mi Señor,
LICDO. SEBASTIAN GOMEZ,
Canónigo, Pro-Srio.

Los Sres. Curas Párrocos y Ecónomos leerán esta nuestra Carta Pastoral á sus feligreses en la Misa conventual del primer dia festivo despues de su recibo.

A continuacion reproducimos el *Estraordinario* publicado en Ciudad-Rodrigo de orden de S. E. I. para dar cuenta á sus amados Diocesanos de la protesta que formuló en telegrama dirigido al Emmo. Sr. Cardenal Secretario de Estado, y de la contestacion que obtuvo.

Obispado de Salamanca y Administracion Apostólica de Ciudad-Rodrigo.



EXTRAORDINARIO.

Con motivo de los inesplicables atropellos que han tenido lugar en Roma al ser trasladados á su sepulcro definitivo los venerables restos del gran Pontífice Pio IX, de santa memoria, nuestro Excmo. é Illmo. Prelado que, como es sabido se encuentra en esta Ciudad practicando los ejercicios espirituales en compañía de la primera tanda del Clero, se apresuró á dirigir al Emmo. Sr. Secretario de Estado de Su Santidad el siguiente telégrama:

«Ciudad-Rodrigo Julio 20 de 1881.

»Emmo. Sr. Cardenal Jacobini, Secretario de Estado de Su Santidad.

»Ruego á V. Emma. haga presente á nuestro SSmo. Padre la enérgica protesta del Obispo, Clero y pueblo de Salamanca y Ciudad-Rodrigo, contra los sacrílegos y bárbaros atentados cometidos ante los venerables restos del amable é inmortal Pio IX, y nuestra declaracion terminante de que mientras á la cuestion romana no se dé la solucion natural, estará siempre viva, porque siempre vivirá la Iglesia y necesitará su Jefe la libertad que corresponde á su autoridad soberana.—
NARCISO, *Obispo de Salamanca y Administrador Apostólico de Ciudad-Rodrigo.*»

En el día de hoy ha tenido la honra de recibir la contestacion, que traducida al castellano, dice:

«Roma 22 de Julio á las 6'20 de la tarde.—Recibido en Ciudad-Rodrigo el día 23 á las 7 de la mañana.

»Monseñor Martinez Izquierdo, Obispo de Salamanca y Ciudad-Rodrigo.

»El telegrama que habeis dirigido, ha servido de consuelo y aliento al Padre Santo afligido por los sucesos del 13 del corriente. Su Santidad con todo su corazón me manda dar las gracias y envia á V. E. R., al Clero y pueblo de Salamanca y Ciudad-Rodrigo su paternal bendicion.—EL CARDENAL JACOBINI.»

Y comprendiendo que el Clero y pueblos de estas diócesis han de desear saber la mente del Prelado en vista de tan graves sucesos y que muchos obrando individualmente por sí y sin esperar á organizar protestas y manifestaciones firmadas por gran número, se han de apresurar á dirigir sus telegramas al Romano Pontífice, hoy grandemente atribulado á la manera que los hijos no se satisfacen hasta dirigir su saludo y palabras de consuelo á su querido Padre cuando es herido por una grande afliccion, S. E. Ilustrisima, mientras terminados los días de retiro espiritual puede dirigir su voz pastoral á los fieles, me ha ordenado publicar, como lo hago, las preinsertas comunicaciones, para que conociendo sus ideas y sentimientos, todos puedan adherirse á ellos, y á fin de que llegue á noticia del Clero y pueblo la cordial bendicion que les envia nuestro Santísimo Padre.

Ciudad-Rodrigo y Julio 23 de 1881.—*El Gobernador Eclesiástico*, LIC. FRANCISCO MORANTE.

Salamanca. — Imp. de Oliva.